

sacrificio de Caín. El terror y el egoísmo eran sus inspiradores, y por eso nos dice la Escritura que Dios cerraba sus ojos ante él. Sus espigas estaban vacías, no sólo porque eran las peores de la cosecha, sino, sobre todo, porque se las ofrecía sin amor. Las manos que las colocaban sobre el altar aparecían ya a los ojos de Dios manchadas con la sangre del fratricidio.

Hay un principio teológico, según el cual todo cuanto Dios crea, lo crea necesariamente para su gloria. «Mi gloria no la daré a nadie», dice el mismo Dios por boca de uno de sus profetas. Esto nos ayudará a comprender hasta qué punto está entrañada en el sacrificio la idea de comunicación entre el cielo y la tierra y cuán sublime es ese comercio que se realiza en el altar. Lo que en el lenguaje de los hombres parecería mezquino egoísmo, es en Dios altísima generosidad, ansia de comunicación, norma del que sabe que las cosas creadas sólo logran su destino en el retorno al infinito, cada una según su naturaleza, y sólo consiguen su felicidad cuando vuelven al Creador, sujetando su existencia a la pauta y condición en que fueron producidas. Mi inolvidable hermano en religión, el Padre Rafael Alcozer, que a la gloria del escritor unió la más sólida y codiciada del martirio, expresó este pensamiento con unas frases llenas de belleza. En un precioso opúsculo que escribió sobre la Misa decía, entre otras cosas: «Cuando el profeta Baruc describe con grandeza y poesía incomparables la obra de la creación, se expresa en esta forma audaz: «Las estrellas fueron llamadas por el Señor, y exclamaron: Henos aquí; y lucieron para El con alegría. Este lucir de alegría en las estrellas, como los afares del pájaro en su nido, como la vida secreta del insecto, como el clamor de los mares, la canción de los vientos y el misterio de los bosques, y como todos los modos de ser y moverse las cosas criadas, implican una manera de reversión de la Naturaleza hacia su Autor, por ser todos ellos modos de expresión obediencial a la acción creadora».

El hombre no es una excepción a esta ley. Quiera o no quiera, ha de volver a Dios. Pero es un ser libre: puede querer y no querer: puede volver obligado y puede volver espontáneamente, por esa tendencia, que imprime en él la virtud de religión, tendencia de retorno, de religación, por la cual se ase a la mano de la cual salió; tendencia de vuelta amorosa, que tiene su expresión más perfecta en el sacrificio. Expresión perfecta, y al mismo tiempo natural y espontánea. Inclinado a moldear en la materia sensible su más hondo sentir, siente la necesidad de acuñar en una realidad física ese sentimiento nobilísimo; goza declarando ante todo el mundo el acto interno de su veneración y su retorno, de su acatamiento y su entrega; y esta inclinación, que pudiéramos llamar necesidad, le dicta el acto del sacrificio. Se entregaría a sí mismo, sacrificaría su mismo ser, pero sabe que eso no puede hacerlo, y por eso escoge algo de su propiedad y lo sacrifica, lo consume, lo destruye, lo hace desaparecer con el hierro o con el fuego. La acción de la entrega queda consumada en un signo, y la aceptación de la divinidad queda significada en la destrucción del objeto sacrificado, que ya no es nuestro ni de otro hombre alguno; que, al desaparecer, se supone aceptado por el Dios invisible, pasando así a la categoría de lo sagrado. De aquí viene el término mismo de sacrificar: *sacrum facere*, hacer sagrada una cosa, una cosa que puede ser una bebida, un fruto, un perfume o cualquier otro objeto insensible, y entonces el sacrificio se llama incruento; o puede ser un ser vivo, y entonces se llama cruento o sacrificio de sangre. Pero cruento o incruento, el sacrificio ha de entrañar esas dos cosas: la ofrenda, en la cual propiamente consiste, y la destrucción, que significa la aceptación por la Divinidad de la cosa ofrecida.

Tenemos aquí la razón histórica, o mejor aún, la raíz psicológica de una nota fundamental del sacrificio: la universalidad. Le encontramos en todos los pueblos y en todos los siglos. Lo mismo las tribus salvajes, que